

IV

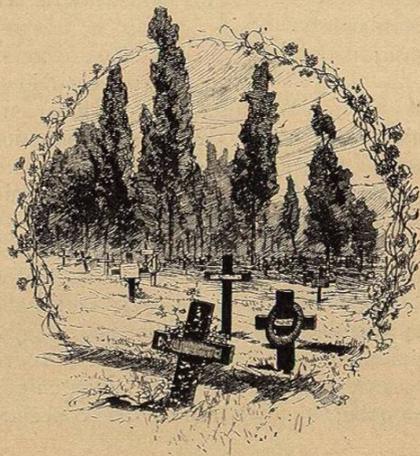
Y esta vez, por lo menos, razonable
reconoce, sus dudas recordando,
que un celoso es un ser insoportable;
y de pronto, soltando
de su dolor el dique,
con inmensa ternura contemplando
aquella atroz calumnia echada á pique,
besa con arrebató
de Marcela el retrato,
y con la fe de un alma visionaria
mira al cielo un gran rato,
como el que hace á una santa una plegaria;
y piadoso una vez y otra irascible,
pide perdón con humildad terrible
á la esposa inocente,
aquella á quien rodeó constantemente
la vaga hostilidad de algo invisible;
á aquella esposa, de honradez modelo,
que, si él tal vez la asesinó celoso,
seguro está que á cuantos van al cielo
pregunta con afán si es muy dichoso.

V

Al volver Jorge en sí, no ve siquiera
que había encanecido en una hora,
y mira en derredor como una fiera,
y al verse solo, se maldice y llora;
se retuerce las manos, y con ellas
se cubre una y mil veces el semblante.
¡Oh tú, Marcela amante,
que con divinos pies los astros huellas,
bien vengada estarás, si en este instante
desde lo alto le ves de las estrellas!

VI

Y ya de rabia y de amargura lleno,
volviendo á ser tenaz, conciso y frío,



si la dicha primero le hizo bueno,
la desdicha después le volvió impío;
pues desde el día aquel, siempre que advierte
que algún impuro aliento
suelta una chanza al viento
que ni encanta, ni ilustra, ni divierte,
y que la chanza en dicho se convierte,
se transforma después el dicho en cuento,
este en calumnia y la calumnia en muerte,
mirando al cielo, exclama inconsolable:
— ¡Señor! ¿en dónde está tu Providencia? —
¡Es, por Dios, una cosa abominable
lo que el cielo consiente en la apariencia!

VII

El desdichado esposo
pide el olvido al sueño, pero en vano;
y como el buen celoso
coge cizaña aunque se siembre grano,
cruzando el cementerio eternamente
tras el cuerpo inocente
de una mujer tan buena,
inquieta, busca... pero inútilmente
de tumba en tumba va como alma en pena,
porque aquella calumnia tenebrosa
de ella pesó también sobre la losa;
pues Marcela, ya muerta y deshonrada,
en la fosa común siendo lanzada
como una mala esposa,
fué por siempre perdida,
tan infeliz en muerte como en vida.
¿Hubo en la tierra un ser más desdichado?
¡Después que fué su nombre calumniado,
siguiéndola hasta el fin su mala suerte,
su cuerpo fué perdido y nunca hallado!...
¡El rayo á la calumnia comparado,
es comparar al sueño con la muerte!



DON JUAN

POEMA EN DOS CANTOS

Al más constante de mis amigos Don Ezequiel Ordóñez

CANTO PRIMERO

LAS MUJERES EN LA TIERRA

I

Cuando el Don Juan de Byron se hizo viejo,
pasó una vida de aprensiones llena
mirándose la lengua en un espejo,
prisionero del reuma en Cartagena.
Este gran desertor de las orgías
conoce, al fin de sus postreros días,
que, conforme envejece,
sin ser más respetable, es más risible,
porque es lo más alegre, en lo terrible,
ver un antiguo Adonis que encanece;
y, aunque viejo, es un viejo tan amable
que, hablando sin rebozo,
aun después que acabó de ser buen mozo,
todavía es un tonto razonable;
y si tomando del placer consejo,
la juventud de su vejez prorroga,
y cree como de joven, siendo viejo,
que tiene la virtud algo que ahoga,
este hombre, libertino á sangre fría,
que jamás se mató por sus pasiones,
soporta con más pena cada día
el miedo que le dan las sensaciones:

y, ansiando bienes y esquivando males,
se parapeta sólo en su egoísmo
y se hace el más feliz de los mortales,
perdiendo por lo mismo
de condenarse por amor las ganas,
pues, después que se extinguen las pasiones,
yo he visto sorprendentes conversiones
á la verdad y á la virtud cristianas.

II

Como era el caballero
franco por genio y por carácter doble,
aunque era, en mi opinión, un bandolero,
solía ser un bandolero noble;
y, como hombre colmado
de cien felicidades por lo menos,
siendo, cual buen galán afortunado,
falaz despreciador que dice amores,
por quedar como bueno entre los buenos
se quiso despedir con cuatro flores
de algunas cuyos nombres no ha olvidado;
é hilvanando recuerdos mal cosidos,
con poca fe y escaso sentimiento,
(porque aquel gran rival de los maridos
cultivó demasiado sus sentidos
para ser muy sensible al pensamiento),
un borrador trazó con mil ternuras,

y escribió cinco cartas
á otras cinco hermosuras,
todas bellas, ardientes y maduras,
nunca de amor aunque de amantes hartas:

«Deja (*aquí el nombre*) que en mi triste es-
recordándote llore; (tancia
que te vea á mil leguas de distancia;
que me postre á tus pies y que te adore.

»El recuerdo feliz de tu inocencia
ennoblece el martirio
del que está repartiendo su existencia
entre la tos, la fiebre y el delirio.

»Además de lo mucho que te quiero
(*aquí el nombre*) ¡oh querida!
déjame que te diga, cuando muero,
que era tu amor el centro de mi vida.

»No me mata el dolor que me ha postrado;
quien me mata es tu ausencia:
pues, sin tu amor, de mí se ha apoderado
un horror increíble á la existencia.

»¡Es la pena mayor que estoy sintiendo
el dolor de no verte!

¡Te juro que por eso voy teniendo
más miedo á la locura que á la muerte!

»¡Fuente de amor! Tú fuiste en mis dolores
el único consuelo!

¡Sí! ¡Tú echarás sobre mi tumba flores!
¡Tengo en tí tanta fe como en el cielo!

»El ser que más te ha amado y que más te
te dice adiós, querida! (ama

¡No puedo más! ¡Adiós! ¡Caigo en la cama,
que he de dejar tan sólo con la vida!»

III

Y escribe cinco copias, y galante
remite la primera
á *Catalina Ariosto*, que, radiante,
lleva en sus ojos de su patria el cielo,
y tiene una mirada más brillante
que el lustroso azabache de su pelo.

Por ingenio pagana,
sigue amando los ídolos caídos,
y aunque es, como italiana,
católica apostólica romana,
es su culto el amor de los sentidos;
mas, de pureza y santidad modelo,
como es al acostarse un poco atea,
envuelve á la Madona con un velo
por devoción y porque no la vea.

Esta hermosa italiana
que en Venecia algún día
á espaldas de otro necio y su marido
con mucha gracia con Don Juan vivía,

suele tener desde su amor primero
un sistema nervioso tan somero,
que el sol de Italia con furor reseca,
y que ¡ay! aunque es para el placer de acero,
como un cristal lo rompe la jaqueca.

Por eso, aunque anhelante
no dirige suspiros á la luna,
es capaz, en un caso interesante,
de abandonar su casa y su fortuna
por seguir á los montes á un amante.

IV

Y decidido á despachar de prisa,
con la perfidia en sus amores propia,
mandó Don Juan, después de cierta rísa,
á *Fanny Moore* la segunda copia.

Fanny, una inglesa de afecciones tiernas,
que no quiso marido
después que por Don Juan hubo sabido
que las lunas de miel no son eternas;
que es para amar más dura que los bronce,
pues, aunque fué sensible,
menos cuando se quema, como entonces,
se juzga una mujer incombustible;

que sólo enamorada
de una cosa sin nombre,
después que por un hombre fué engañada

ya, más que amar á un hombre, amaba al hom-
bre. *Fanny Moore*, ya tarde arrepentida, (bre.
después de conocer muchos ingratos,
sacó por consecuencia que en la vida
valen más que el amor unos zapatos.

Mujer á los quince años Byroniana,
y á los treinta rabiosa luterana,
se fué haciendo devota
al ver su juventud algo remota.

Con cierto aire de cisne fatigado
un ropón, muy estrecho y mal cortado,
suele colgar de sí cuando se viste,
y, después que Don Juan la hubo olvidado,
como único recurso se hizo triste.

Alta, seca, angulosa de estructura,
glacial y de linfática blancura,
con tono magistral y algo altanera,
aspirando á ser cuáquera en lo austera,
una infanta de España parecía,
pues, sin ser una reina, se aburría
con el mismo interés que si lo fuera,

Mas la grave doctora
si se hubiese casado, hubiera sido
casta, firme y leal á su marido,
inmutable en su hogar y pensadora:
pues, recatada ahora,

siempre mira á las Venus de soslayo
en gracia á su pudor intransigente,
y, con ver un Cupido solamente,
se pone azul, se irrita hasta el desmayo,
y entre otras muchas cosas
después que *Miss* á envejecer empieza,
la virtud se le sube á la cabeza
y siente congestiones religiosas.

V

El ingenio después Don Juan aguza
para escribir con letra más galana
á *Julia Calderón*, que era andaluza,
y allá va lo más grave, sevillana;
que, de sus quince en los primeros meses,
ya amó para casarse al fin del año,
y, lo que es más extraño,
que encantó á los catorce á dos ingleses.

Julia, mujer amable,
de corazón ardiente,
que al amor y á la iglesia juntamente
se consagra con celo infatigable,
sintiendo en la expansión de algún sentido
no sé qué de resuelto y atrevido,
despreciando el amor de cierto conde
por irse con Don Juan, yo no sé dónde,
dejó de ser mujer de su marido.

A esta alma tan sensible,
caprichosa y amante,
á veces le acomete un imposible,
que es el dejar de ser interesante.

Sin ser mala, tenía distracciones,
y como todos, todos la encontraban
muy leal á sus nuevas afecciones,
todos, todos después la perdonaban
la insigne buena fe de sus traiciones.
Con flores de naranjo en la cabeza,
la produce el azahar vértigos tales,
que, enemiga de amores ideales,
habla en ella esa gran naturaleza
que impele á hacer mil cosas naturales.

VI

A *Margarita Goethe* escribió luego;
una alemana hermosa
muy sabia y muy curiosa,
repleta de latín, llena de griego;
un serafín de Rubens colorado,
de ojos azules que el candor agranda,
que muestra en su conjunto redondeado,
con un aire indolente y ocupado,
bajo un rostro que duerme, un cuerpo que anda.

Es, en lo humano, esta mujer divina
con espalda de cisne, blanca y gruesa,
una hermosa princesa palatina
que hace sudar al verla tan obesa;
y haciendo vulgarmente esta princesa
ciertas exploraciones
en un viaje ideal de sensaciones,
á Don Juan vió una vez desde un convento,
y, como era su guía el sentimiento,
llegó á lo real por medio de ilusiones.

Hija octava, pero hija interesante,
de una flamenca agricultora y bella,
que echó tierra en la boca de un amante
para criar un tulipán en ella,
mas de amor tan sincero y tan profundo
que, á pesar de caprichos tan extraños,
llegó á tener diez hijos en ocho años
con la mayor serenidad del mundo.

VII

Riendo con los labios solamente
don Juan, la quinta copia, impertinente,
manda á *Luisa Chenier*, mujer amante
que pone, seductora,
en relación lo bello y lo elegante,
y que, aunque algo chafada por delante,
es, vista de perfil, encantadora.

Aunque Luisa encanece,
es por eso tal vez menos coqueta,
pues, cual vieja veleta,
se fija más conforme se enmohece.
Ninguna otra mujer como ella sabe
modular el acento,
para que suene en el mejor momento
entre voz de mujer y canto de ave.
Sólo ella acierta de agrandar los modos,
pues, con gracia, y graciosa para todos,
va causando un motín por donde pasa.
Baila con arte, y charla por los codos.
Vivaracha y afable,
y ubicua y perspicaz, hace en su casa
los honores con gracia inimitable.

Pérfida y melindrosa,
á disgustos matando á su marido,
ama viuda al esposo que ha perdido;
y, deliciosamente,
hasta por ser donosa,
se la echa de inocente
lo mismo que una Lady vaporosa.
Para todo ligera,
no siempre hace pensar, mas siempre encanta;